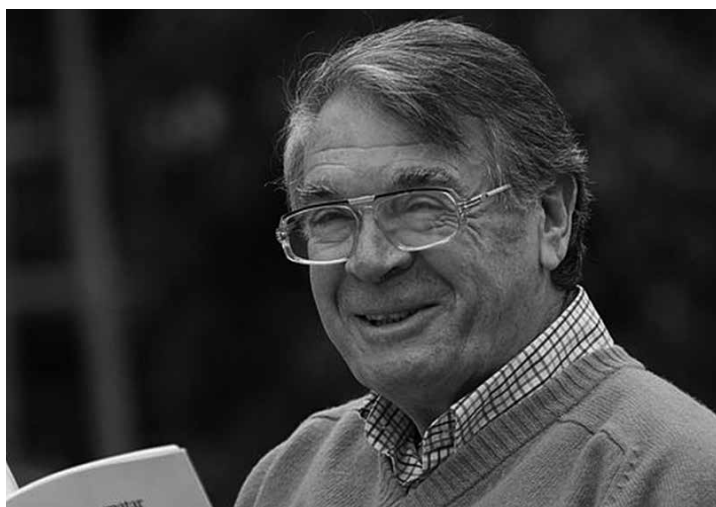


Manuel Jurado López

*Estación
Otoño-Norte*





Manuel Jurado López

*Estación
Otoño-Norte*

XXXVII PREMIO DE POESÍA
CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Jaime Álvarez-Buiza Diego, Julia Barella, Juan Manuel Cardoso Carballo, M.^a del Rosario Cuevas Zamora, Jon Juaristi y José Antonio Ramírez Lozano concedió a la obra titulada *Estación Otoño-Norte*, de Manuel Jurado López, el XXXVII Premio de Poesía Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

© Manuel Jurado López, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

ISBN: 978-84-9189-119-2

Depósito legal: SE. 412-2019

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

INTERIORES

Qué hermoso es estar solo y olvidado
en un país tan frío. Tiembla mi mano
aunque escribo con guantes y la tinta se niega
a salir del plumín. Mi nueva estilográfica
no conoce los días de tibias primaveras.
Pero yo no me rindo. Pocos a estas horas
en este país tan frío estarán escribiendo
junto a la estufa con un vaso de bourbon o ginebra.
Yo a palo seco escribo después de mi terapia.

Me tiemblan el pulso del poema, el hueso de cristal
de la nevada y la raíz secreta de las palabras
que no llega a teñirse del amarillo otoño.
¿Qué valor tendrá el poema escrito
al calor de la estufa sin ginebra ni bourbon?
¿A ver quién es el guapo que aguanta el escribir
a palo seco en un país tan frío,
tan solo y olvidado?

A decir verdad, ya desde niño yo era un poco raro.
Por ejemplo, en el circo me gustaban la mujer barbuda,
las enanas vestidas de encajes, con sombrillas,
la zíngara que hacía subir la cabra por una escalerita
de madera dorada.

Me aterraban las fieras, los leones devorando al
domador.

Eso temía. Me tapaba los ojos cuando la trapecista
—casi un ángel desnudo— iba a caer del cielo.

Era empalagoso ver al hada añil
hacer su aparición sobre un caballo blanco.

Para mí, a esa edad, la belleza no era santo de mi
devoción.

Prefería el abrupto contraste de los seres deformes:
enigmas de la naturaleza, cacharros de avería
en las manos de Dios. Ante mí, niño asustado y débil,
eran seres rebeldes, fuertes y nobles.

Hay días infelices, como cuando nada sucede
sino el paso tan lento de las horas,
como hormigas camino del otoño;
y días milagrosos cuando ves cómo florecen los
almendros,
y que a un niño se le ha caído el primer diente
y a un anciano la última tristeza.

Días oscuros, aunque brille el sol
en los calientes pétalos de rosas infantiles;
y días luminosos, aunque esté la tormenta
sobre la ciudad dormida y tú solo tengas
un par de botas con las suelas gastadas,
un sombrero que te viene algo grande
y unas ganas enormes de escribir dos palabras.